

DE LYBIA A VIROBESCA

(En la vía romana Tarragona-Astorga)

Confiesan sin rebozo cuantos escritores tratan de la materia, las continuas y graves dificultades que presenta el conocimiento de las vías romanas en nuestra Península. No se hallan exentas de las mismas las muchas vías que se observan en el territorio actual de nuestra Provincia. Mas, como quiera que es parte interesante de la historia de España, convendrá que contribuyamos todos en lo que podamos, siquiera fuere en exigua porción, a redondear los descubrimientos de aquellos que en tan laudables afanes nos precedieron.

A instancias de aquel buen amigo Don Domingo Hergueta (q. e. p. d.) hice, años ha, el estudio minucioso de un trozo, de Lybia a Virobesca, en la gran vía Tarragona-Astorga. Aprovechando hoy la amable hospitalidad de nuestro BOLETIN, lo daré al público en la confianza de que se terminarán en este punto las vacilaciones y se considerará como uno de los puntos resueltos en cuestión de vías romanas.

*
**

En los escritos del mencionado Sr. Hergueta, que seguramente es de los más competentes en esta materia, se ven claramente reflejadas estas vacilaciones.

En 1906 publicaba sus *Noticias Históricas sobre la ciudad de Haro*, en cuyo capítulo segundo trataba de las vías romanas que cruzaban el país. A once millas de Virobesca se encontraba, según el *Itinerario de Antonino*, la mansión de *Segisamunculum*, que, dice, ponen algunos escritores en Santa María Rivarredonda, otros en Zuñeda y otros en Cerezo de Río Tirón. En la página siguiente Hergueta emite su opinión y traza su itinerario en esta forma: «Otra vía romana de primer orden (la de Tarragona a Astorga), que venía por Leiva, Quintanilleja, dos kilómetros al Norte de Cerezo, otros dos al Sur de Quintanilla San García, Villalbín, al punto antes dicho

entre Prádanos de Bureba y Briviesca...»). Aquí aparece ya claro el criterio de Hergueta: la gran vía romana Tarragona-Astorga, viniendo de Leiva, pasaba el río Tirón, sin llegar a Cerezo, entre esta villa y Tormantos, por el lugar llamado Quintanilla de las Dueñas, vulgarmente Quintanilleja, y por entre Cerezo y Quintanilla San García continuaba hacia Briviesca. Pronto veremos que Hergueta no se encontraba muy seguro de su itinerario.

Por uno de esos vaivenes bruscos tan frecuentes en mi vida, fui arrastrado al terreno en cuestión. El Emmo. Cardenal Segura, antes de marchar a Toledo, me destinó a Cerezo de Río Tirón. Encarriñado con mi parroquia, la consideré como otra patria chica y me puse a estudiar sus pasadas glorias, que cada día me parecían más atrayentes y más dignas de recordación.

Tuvo de ello Hergueta conocimiento. Amigos obsequiosos nos pusieron en relación, cuando aún no nos conocíamos personalmente. Atento siempre a los avances científicos de nuestra región, me escribía el 21 de julio de 1928: «A Vd. le interesa mucho el estudio de las vías romanas del país, por pasar por Cerezo, o por cerca de él, la vía romana de Tarragona a Astorga, indicio bastante racional de su existencia en dicha época. De esto hice yo un trabajo hace tiempo; pero Vd. está en el terreno, puede asegurarse más. Cerezo se supone que es la mansión del *Itinerario de Antonino Pio* llamada el *Sagasamunelo* o *Segisamúnculum*, que distaba once millas de Virobesca o Briviesca y siete de Libia, suponiendo la milla aproximadamente de 1.500 metros. Esta materia debía Vd. tratarla con cariño y estudiar detenidamente los restos que quedan de dicha vía, y los lugares por donde pasaba. Yo llevo dicha vía desde Briviesca, o mejor, desde el término de los Molincs, a la granja de Villalbín, al Sur de Quintanilla San García, dos kilómetros al Norte de Cerezo, derecho a Quintanilla de las Dueñas, y a Leiva y Herrameilluri. Otros quieren que atravesara el Tirón por Fresno; otros, por el mismo Cerezo. Como estas materias son para mí muy gustosas, me haría interminable, y para no cansarle más, hago aquí punto final». ¡Qué magnífico espíritu el del llorado amigo! ¡Qué afán por llegar a la verdad! Como su avanzada edad no le permite ya arrojarse a sus acostumbradas excursiones, busca en el terreno mismo quien pueda responder a sus iniciativas. Es temple de investigador.

No tardé en comenzar a tomar datos sobre cuanto de mí se deseaba; pero como acostumbro ser tardo en mis movimientos intelectuales, y a Hergueta le acuciaba el ansia de saber, me escribía el 16 de octubre del mismo año: «Me alegraré de que sea Vd. afor-

tunado en sus investigaciones y encuentre al detalle por donde iba la vía romana desde Virobesca a Quintanilla de las Dueñas, singularmente en los alrededores de Cerezo, pues yo no he podido hacer ese estudio, ni creo que ninguno lo haya hecho a conciencia».

Cerca había andado Hergueta de lo que tanto anhelaba, pero la suerte no le fué propicia. «Yo, un día—me decía en otra suya—, quise examinar esa vía desde los Molinos, donde, en efecto, atravesaba el Oca, pues dejaba la antigua Virobesca a la derecha, en lo que hoy llaman el cerro de San Juan, y seguí su curso al Oriente unos tres kilómetros, y en efecto, se distinguía por los cantos rodados de qué estaba formado su firme; pero como se me hacía tarde e iba sólo, regresé a Briviesca, sin llegar a la granja de Villalbin, como era mi intención, pues creo que debe pasar por dicha granja. Usted, que es más joven y tiene más proporción de examinar sobre el terreno, debe aclarar este asunto detalladamente».

A las instancias de Hergueta vinieron a unirse las de nuestro común amigo D. José Luis Monteverde, en la actualidad Delegado de Bellas Artes en Burgos y su Provincia. «Es interesantísimo—me escribía—, la fijación del paso de la vía romana por Cerezo».

Así fué, como llevado de mis propias aficiones y estimulado por tan solícitos amigos, me dispuse a realizar nuestras comunes aspiraciones.

*
*
*

Desde el primer momento mi impresión fué que Cerezo coincidía con la mansión romana de *Segisamúnculum*. Las distancias marcadas en el *Itinerario de Antonino* se cumplían allí exactamente: a Virobesca once millas, y a Lybia siete. Aquel tenía que ser el lugar donde atravesaba el Tirón la vía Tarragona-Astorga. Pero se me encargaba que aclarara el asunto detalladamente, y lo había de hacer.

Para mayor garantía del acierto, solicité el asesoramiento de un excelente feligrés y querido amigo, D. Juan Revuelta (q. e. p. d.). Oriundo de Cerezo, entrado en años, había recorrido innumerables veces el «camino romano» antes que se construyera la moderna carretera. Sin vacilar un punto, me fué mostrando todo el trazado de la vía romana en el término de su lugar natal.

Como punto de partida de mis observaciones adopté el puente sobre el Tirón; un día recorrí la margen derecha, y otro la margen izquierda.

Caminando hacia el límite de la jurisdicción de Cerezo, por la margen derecha, se ve venir a la vía romana desde Leyva, por el

Sur de Tormantos, en dirección de S. E. a N. O., atraviesa la actual carretera de Tirgo a Belorado y corre un trecho paralela a la misma. Deja a la mano derecha a Quintanilla de las Dueñas y se mete entre las viñas de Cerezo, abrasadas por la filoxera. A poca distancia, adviértese un trozo de vía muy corto, pero en perfecto estado, como si hubiesen convenido dejarlo para muestra. Acompañábame este día Mr. Robert Aitkens, célebre geólogo inglés, muy conocido en Burgos, que recorría en estudio la sierra de la Demanda. Al llegar a este punto quiso sacar una fotografía; mas cuando intentó revelarla, de regreso a Inglaterra, vió con sentimiento que la placa estaba velada.

Desde allí queda reducida la vía a un mediano camino, y en largos trayectos, a una mísera senda; los dueños de las fincas colindantes se la han comido. Los contemporáneos atestiguan que, antes de construirse la carretera de Tirgo a Belorado, todo el trajín de la labranza en aquel término se desenvolvía por «el camino romano», y cuentan que, aun cuando se cruzaran dos carros cargados de mieses, podían circular sin tropiezo, lo cual es mucho decir, sabiendo lo temerarios que son en cargar en tiempo de recolección. aquellos carreteros de Cerezo.

A dos kilómetros de dicha villa arranca de la carretera de Tirgo a Belorado otra de Cerezo a Briviesca. Antes de llegar a este cruce, la vía romana suelta un ramal, que continúa hacia Fresno y Belorado, pero ella tuerce decididamente a su derecha en dirección a Cerezo, que aparece a la orilla contraria del Tirón, muellemente, recostado en las últimas estribaciones de la Loma. Baja al riachuelo de Redecilla del Campo, que atraviesa sin puente; sube junto a la antigua tejera, y por el boquete que llaman el Túnel, desciende a soslayo una pendiente corta, pero rápida, buscando por entre las huertas de la ribera el puente romano sobre el Tirón.

En el último cuarto del próximo pasado siglo desapareció este puente; en una de sus formidables riadas se lo llevó el Tirón, sumiendo a la villa en apuradísimo trance. Con unos árboles tuvieron que improvisar malamente un puente para las personas; las caballerías y los carros pasaban por el agua con manifiesta exposición a causa de la corriente, que es caudalosa de ordinario y siempre violenta. Así vivieron aquellos valientes diez o doce años, hasta que se construyó el nuevo puente en la carretera de Cerezo a Briviesca. Se levantó éste en el mismo sitio del puente romano; si bien, comprendiendo que se le había llevado el río, porque su escasa altura no daba suficiente paso a las aguas, se concedió al nuevo mayor

elevación, aunque menor número de ojos. Las cepas que no se habían de utilizar, fueron arrancadas, de modo que en el cauce del río no quedó rastro del puente romano.

Con esto cambió la configuración de la cabeza del puente en la margen derecha. Como se le dió mayor elevación, la nueva carretera hubo de conservar altura para entrar en él, viniendo a medio talud por encima de la vía romana. Esta, para llegar al nuevo puente, tuvo que subir por una rampa áspera, y el camino de Quintanilleja, que iba antiguamente al puente romano, tuvo que buscar la carretera nueva sin perder altura. De esta suerte, la vía romana por un lado, y el camino de Quintanilleja por otro, marcan con toda precisión la altura que tuvo el puente desaparecido.

Pero si de los catorce ojos, que dicen se contaban en él, no ha subsistido ninguno hasta el presente, permanecen afortunadamente en ambas márgenes los que fueron sus estribos. En la margen derecha, río abajo, mide el muro poca extensión; río arriba, alárgase considerablemente, sirviendo de poderoso contrafuerte a la vía en su acceso al puente. En la margen izquierda, río abajo, también desapareció el contrafuerte; pero río arriba, se prolonga en considerable extensión hasta el final de las llamadas huertas de la villa. Atestiguan los ancianos haber conocido este muro con un metro de altura sobre las huertas, y no parece improbable que, siendo Cerezo plaza fuerte, tuviera en este sitio su primera muralla coronada de de almenas, conforme se representa en alguna pintura.

Entusiasmado Mr. Aitkens del éxito de nuestras investigaciones, me rogó que me colocara junto al contrafuerte de la margen derecha, apuntando los gruesos sillares carcomidos por los siglos. Tiró otra placa, que esta vez salió bien, y desde Inglaterra tuvo la gentileza de enviarme la fotografía. La reproducimos aquí, porque es una prueba concluyente en el asunto que ventilamos. Esos sillares pertenecen al puente romano por donde atravesaba el Tirón la vía de Tarragona a Astorga; en toda aquella región no hay indicio de otro.

*
**

El segundo día lo dediqué al estudio de la margen izquierda. En pasando el río, la vía romana toma la derecha por la calle del puente y, elevándose paulatinamente, entra en la calle mayor, que ya en el siglo X se llamaba con este nombre: *strata maiore* (Cartulario de Cardaña, docum. CCCXXII); atraviesa fajdeando de oriente a poniente, toda la ladera en que se recuesta Cerezo y, al

encontrarse con el barranco por donde serpentea el arroyo de Rudera, lo salta alegremente por un lindo puentecito romano, que permanece intacto. Corre de allí hacia el río San García, en las proximidades de su desembocadura en el Tirón, (que por cierto es uno de los paisajes más pintorescos de aquellos contornos), y lo pasa por otro puentecito romano de muy agradable aspecto, cuando se le contempla desde la carretera.

Llegados a este punto, debemos rendir un tributo de obligada admiración a la seriedad, a la precaución con que el pueblo romano iba dirigido en sus expansiones territoriales. En un terreno que es todo movedizo, supieron estudiar y elegir sitio para fundamentar sus puentes con tal acierto que duraron siglos. No brilla ese acierto en las obras recientes de la inmediata mina de sulfato. Su carretera, su puente, sus edificios se tambalean cuarteados entre las sonrisas maliciosas de aquellos vecinos, que conocedores del terreno, daban por segura la catástrofe.

Una vez al otro lado del San García, la vía se eleva suavemente y, dejando a la derecha la ermita de San Andrés, hoy en ruinas, avanza entre la loma y el río hasta que hace éste un recodo, como si quisiera entrarse en aquella y cortar el paso a la vía. Salta ésta entonces a la otra orilla sin puente, por un cauce de piedra viva. No ha andado doscientos pasos, cuando torna a la margen derecha, para no dejarla ya más. En frente del término llamado Pila-bueyes, por haber allí un remanso, donde se recogen las aguas para abreviar los ganados, va la vía por encima de un valladar entre piezas labrantías. En varios sitios las incursiones de los labradores la hicieron desaparecer; pero publican su dirección los guijarros del Tirón con que estaba empedrada, y que en la Loma no existen, siendo muy de notar que, a pesar de los muchos años que se viene cultivando aquella faja de tierra, no se ha logrado fertilizarla.

Así llega la vía romana hasta aquel paraje, en que de la carretera de Cerezo a Briviesca parte otra muy reciente para Quintanatoranzo. Hasta allí el trazado que llevo descrito, es visible si bien por las alteraciones que ha sufrido, convendrá llevar un guía, a menos de contar con una descripción detallada, como la que acabo de hacer. Desde allí la vía romana aparece con toda claridad; no tiene pérdida hasta Briviesca. Va primero a una fuente que hoy dicen «Pecesorios», y los romanos decían *ad pisces aureos* con ese nombre se designó posteriormente un pequeño poblado con su ermita, que allí hubo. Sigue a la granja de Villalbín, que los romanos llamarían *Villa Albini*, deja atrás los tres picachos, que las gentes

del país apellidan *Las tres Marias*, y va a salir a los Molinos, entre Prádanos y Briviesca.

*
**

Mediante este recorrido, quedó para mí perfectamente averiguado que la vía romana de Tarragona a Astorga pasaba el río Tirón por Cerezo, y no por otra parte, y en consecuencia que a esta villa correspondía la mansión romana de *Segisamunculum*.

Días después de nuestra excursión, se apresuraba a escribirme Mr. Aitkens desde Belorado: «El trazado de la Calzada va representado en el Mapa Catastral de España con el nombre de «Senda de la Calzada Romana».

Cuando el Sr. Hergueta se enteró del resultado de mis investigaciones, me escribió: «He recibido su atenta, que le he agradecido mucho, pues me encontraba un tanto perplejo de la dirección de la vía romana en las proximidades de Cerezo, y con la de usted se me ha esclarecido el asunto. Encuentro muy racional el trazado que fija en la suya, y además demostrado con los puentes romanos que cita, y los trozos de vía que aún se conservan». Esto escribía en noviembre de 1928. Cuando en 1930 publicaba en el número 31 de este mismo BOLETIN sus «Observaciones al discurso de D. Claudio de Albornoz acerca de las vías romanas», ya no llevaba, como antes la vía de Tarragona a Astorga por Quintanilla de las Dueñas, sino por Cerezo de Río Tirón.

Me contaron que para el firme de la carretera de Quintanalaranco habían llevado guijarros de la vía romana. De ese modo, acabaría por desaparecer. Por si acaso llegara ese día, aquí queda mi informe. Podrá decirse que es un poco tardío, mas confío que se reconocerá que es seguro.

TEODORO DE IZARRA, PBRO.

Burgos, mayo de 1942.



Fot. n.º 1.—CEREZO DE RÍO TIRÓN.
Muro de contención de la vía Tarragona-Astorga a la entrada del puente romano.



Fot. n.º 2.—Arco del puente sobre el arroyo de Rudera.